

Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo B



Haremos todo lo que manda el Señor y le obedeceremos. (Ex 24,7)

Primera lectura

Exodo 24,3-8

En aquellos días, Moisés bajó y contó al pueblo todo lo que había dicho el Señor y todos sus mandatos; y el pueblo contestó a una: – Haremos todo lo que dice el Señor. Moisés puso por escrito todas las palabras del Señor. Se levantó temprano y edificó un altar en la falda del monte, y doce estelas, por las doce tribus de Israel. Y mandó a algunos jóvenes israelitas ofrecer al Señor holocaustos y vacas, como sacrificio de comunión. Tomó la mitad de la sangre y la puso en vasijas, y la otra mitad la derramó sobre el altar. Después tomó el documento de la alianza y se lo leyó en alta voz al pueblo, el cual respondió: – Haremos todo lo que manda el Señor y le obedeceremos. Tomó Moisés la sangre y roció al pueblo, diciendo: – Esta es la sangre de la alianza que hace el Señor con vosotros, sobre todos estos mandatos.

Segunda lectura

Hebreos 9,11-15

Cristo ha venido como Sumo Sacerdote de los bienes definitivos. Su templo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna. Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerro tienen el poder de consagrar a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo! Por eso él es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna.

Evangelio

Marcos 14,12-16.22-26

El primer día de los ácidos, cuando se sacrificaba el cordero pascual, le dijeron a Jesús sus discípulos: – ¿Dónde quieres que vayamos a prepararte la cena de Pascua?

El envió a dos discípulos, diciéndoles: – Id a la ciudad, encontraréis un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidlo, y en la casa en que entre, decidle al dueño: "El Maestro pregunta: ¿Dónde está la habitación en que voy a comer la Pascua con mis discípulos?"

Os enseñará una sala grande en el piso de arriba, arreglada con divanes. Preparadnos allí la cena. Los discípulos se marcharon, llegaron a la ciudad, encontraron lo que les había dicho y prepararon la cena de Pascua.

Mientras comían, Jesús tomó un pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio, diciendo: – Tomad, esto es mi cuerpo.

Cogiendo una copa, pronunció la acción de gracias, se la dio y todos bebieron.

Y les dijo: – Esta es mi sangre, sangre de la alianza, derramada por todos. Os aseguro que no volveré a beber del fruto de la vid hasta el día que beba el vino nuevo en el Reino de Dios.

Después de cantar el salmo, salieron para el monte de los Olivos.

Meditación

Israel renovaba anualmente la alianza, el vínculo que le unía a su Dios. La sangre del sacrificio era compartida por los dos contratantes: Dios y el pueblo. La parte de Dios quedaba en vasijas sobre el altar. Con la otra mitad se rociaba al pueblo y las doce piedras, símbolo de las doce tribus. Los doce apóstoles, piedras fundamentales del nuevo pueblo, beben todos (!) de esa sangre. La nueva alianza tiene por mediador a Cristo. Con él, Dios se hace hombre para hacer al hombre Dios. Con razón se convierte la Eucaristía en el sacrificio de la Nueva Alianza. Con ese sacrificio se realiza la fórmula de la Antigua Alianza: Dios es nuestro Dios y nosotros su pueblo. Pero, como en aquélla, deben ponerse en práctica los deberes morales que comporta. Sin ello, sacrificio y alianza quedan vacíos de sentido.

En el texto del evangelio se dice expresamente que la última cena de Jesús fue una cena pascual. En la descripción de la cena el evangelista subraya los gestos y las palabras de Jesús que son básicas en el "misterio" celebrado posteriormente por las comunidades cristianas.

Resulta claramente que la cena pascual celebrada por Jesús es de un tipo completamente particular; en ella él mismo es la víctima cuya sangre derramada sella un pacto, no ya solamente con el pueblo de Israel, sino con la "multitud", o sea con la humanidad entera. Y como el pacto sinaítico hizo de las tribus de Israel un solo pueblo, con una tarea que realizar en la historia, así también el pacto sellado con la sangre de Jesús borra ahora las fronteras entre todos los hombres y entre los diversos grupos que forman el género humano. Así, pues, la cena pascual se resuelve en una cena de hermandad que no solamente reúne a los participantes, sino que los compromete a fondo en la lucha contra todo lo que discrimina a los individuos y a los grupos humanos.

Creemos en la presencia real del cuerpo y de la sangre del Señor en el sacramento de la Eucaristía. El mismo Señor está también presente en la comunidad cristiana, que es su Cuerpo.

En la Eucaristía hacemos memoria de la vida de Jesús: se entregó a todos, como se parte y comparte el pan común; dio su vida por los hombres, como se derrama el vino en la copa de un banquete de hermanos.

El sacramento del cuerpo y la sangre del Señor nos llena, a su vez, de la gracia de la comunión con él y con los miembros de la Iglesia. Es también prenda de la gloria futura, pues nos anuncia ese estado en el que todos viviremos en comunión por la presencia de Dios, que será "todo en todo".